

“UN ASUNTO DE FAMILIA” (2018)¹

Juan Dittborn Chadwick²

La película Japonesa “*Manbiki Kazoku* (万引き家族)” cuya traducción oficial al inglés fue “Shoplifters”, literalmente en español “ladrones de tiendas”, es una película dramática japonesa del año 2018 que fue dirigida y escrita por el clamado director japonés Hirokazu Kore-eda.

En nuestro idioma fue traducida oficialmente de dos formas: para España como ***Somos una familia*** y en Latinoamérica ***Un asunto de familia***. Digamos de entrada que este problema en relación a su traducción, por una parte la arbitrariedad de los términos escogidos y, por otra, su ambigüedad semántica, remite a mi juicio a la experiencia que uno como espectador va teniendo durante el transcurso de este film, en el cual experimentamos asombro, perplejidad y a ratos un sentimiento de confusión que no nos deja de acompañar.

Desconozco las razones por las cuales sus traductores escogieran “Un asunto de familia”, pero creo como Psicoanalista, que seguramente motivaciones inconscientes participaron en ella, y que un término bastante ambiguo como lo es la palabra “asunto”, refleja o simboliza el sentimiento que experimentamos con esta historia. Nos podríamos preguntar ¿Cuál es el asunto de esta familia?

Siguiendo en esta línea, relacionada con el sentimiento de ambigüedad y perplejidad descritos anteriormente, basta mirar la secuencia de las primeras escenas con la cual se inicia esta historia, en donde sin tener nosotros ningún tipo de información, nos enfrentamos a la aparición de un supuesto padre e hijo preadolescente, que ingresan a un supermercado con la intención de robar. Aquí demuestran una fina destreza en el arte del robo y un coordinado trabajo en equipo, en el que se valen de gestos y códigos a través de las manos, cuyo fin es robarse el alimento básico para la casa. Tampoco observamos el más mínimo

¹ Comentario de cine presentado en el Ciclo de Cine y Psicoanálisis 2019 APCh - Corporación Cultural de Las Condes

² Psicólogo. Psicoanalista APCh

gesto de remordimiento en ellos, lo que nos hace cuestionarnos sobre los principios éticos que rigen la conducta de estas personas. Pero el desconcierto puede ser aún mayor, cuando de regreso a casa divisan sobre una ventana de un departamento vecino, a una pequeña niña, de quien se compadecen frente a su soledad, le ofrecen alimento y finalmente la llevan a su casa a pasar la noche para campar el frío. Hasta aquí surgen nada más que preguntas en el espectador e intuimos que su trama recién comienza a desplegarse y quedamos expectantes al curso que esta pueda tomar. Por ejemplo nos preguntamos: ¿Qué motiva a estos ladrones a llevarse a esta pequeña niña a su casa? ¿Lo que están haciendo es un acto de rescate y adopción, motivado por un genuino sentimiento cariñoso y de protección, o estamos frente a un secuestro? ¿Son personas en quienes los sentimientos bondadosos imperan frente a la inescrupulosidad de sus delitos? Estas interrogantes y muchas otras más, tendremos que sostener e intentar aclarar durante todo el transcurso de esta historia. Irán surgiendo pistas, nos haremos nuestras hipótesis personales, pero como mencionaba anteriormente tendremos que tolerar la incertidumbre y también la confusión hasta el final. Ni siquiera el interrogatorio policial, al que me referiré más adelante, que nos provee de mucha información y cuestionamientos de lo que hasta ese momento creíamos, nos permitirá dicho con ironía, “aclarar la película”.

El director japonés Hirokazu Kore-eda, obtuvo el premio del festival de cine de San Sebastián con esta película, para luego consagrarse con la Palma de Oro en el festival de Cannes en el 2018 y ser nominada a los premios Oscar como mejor película extranjera durante el 2019. Los críticos definen la obra cinematográfica de Kore-eda como un proyecto que pone en el centro a los lazos familiares y sus complejidades, una obra que se guía insistentemente por una compleja pregunta que no se deja responder y que invita al espectador a cuestionarse y reflexionar sobre la naturaleza humana. “¿Qué une a los integrantes de una familia?”, o dicho psicoanalíticamente “¿De qué tratan los vínculos emocionales de esta familia?”. Esta es una pregunta que a mi juicio está en el centro de esta hermosa y dramática película, que a ratos incluye dosis de humor y también de dolor, que

logra conmovernos y encariñarnos con sus personajes y que finalmente nos contacta con las angustias más primarias humanas.

Guiado por esta pregunta, buscaré reflexionar psicoanalíticamente y desde distintos vértices la complejidad de esta historia, pero lejos de llegar a conclusiones definitorias solamente intentaré iluminar y describir algunos aspectos que a mi juicio quedan velados o que requieren de un “segunda mirada”. Mi propósito es que podamos seguir pensando e intentando comprender el complejo mundo mental del ser humano.

Este análisis requiere en primer lugar presentar a esta familia y a sus integrantes, les advierto que seré arbitrario en la descripción de ellos porque como se habrán dado cuenta, lo que creímos desde un principio como una familia unida por lazos sanguíneos y constituida por diferentes generaciones, comienza a desfigurarse y cuestionarse radicalmente hasta hacernos caer en la cuenta de que lo que habíamos supuesto ya no es.

Hago esta aclaración solamente para que podamos entender a qué personaje nos estamos refiriendo a lo largo de este análisis.

A mi juicio los protagonistas de esta película son todos los integrantes de esta humilde familia japonesa llamada los Shibata. Por una parte, tenemos a un matrimonio y padres de familia, integrado por Osamu un obrero de la construcción y también ladrón, y a Nobuyo su esposa, que trabaja para un servicio de lavandería industrial. Después tenemos a la joven Aki, quien trabaja en un prostíbulo de mujeres exhibicionistas, ella no es hija de la pareja de padres sino como Osamu el padre lo aclara, es “su cuñada”. Después tenemos al hijo preadolescente Shota, quien no asiste al colegio y roba tiendas junto a su padre, y a la hija menor, Yuri, a quien la adoptan para irse a vivir junto a ellos y que rebautizarán con el nombre de Lin. Finalmente tenemos a la abuela Hatsue, dueña de casa e importante sustento económico de esta familia gracias a la pensión que recibe de su difunto marido.

Desde un primer vértice o punto de vista, sobre lo que emocionalmente vincula a esta “supuesta” familia, podemos comenzar desde la siguiente observación. La familia Shibata vive en una suburbio constituido principalmente por edificios que se

asemejan más a un barrio de occidente que oriental, sin embargo resalta la casa tradicional japonesa en donde ellos viven que se asemeja al de los templos budistas, que a diferencia de nuestra propia arquitectura occidental en la que se enfatiza los espacios cerrados y muy bien delimitados sobre todo de lo exterior, en una suerte de culto a lo privado, ésta arquitectura por el contrario no está ni totalmente abierta ni totalmente cerrada. No hay paredes sino un centro cuyos costados lo rodean puertas de papel arroz, blanco mate, que atenúan el paso de la luz como creando una transición entre lo externo e interno. Ellos pueden comer estando sentados en la mesa central así como también desde una de las piezas del costado, o pueden vivir la intimidad de una sexualidad apasionada acompañados directamente por el canto de una lluvia torrencial. Desde esta perspectiva espacial quiero enfatizar esta indiferenciación entre lo interno y externo, lo propio de lo ajeno, y mirar también este elemento en la dinámica familiar. Los Shibata se reúnen en torno al comedor central, participan de un diálogo grupal, se alimentan de una olla común, comen, ríen y duermen juntos, se cortan las uñas mientras comen, como si ni siquiera lograrse instalarse una pregunta o cuestionamiento respecto a la intimidad y a la individualidad de cada uno de sus integrantes. La privacidad no es exigida ni menos defendida. Ellos habitan y son parte de una grupalidad.

Aquí me detengo para señalar un primer elemento con el que la teoría psicoanalítica nos podría iluminar. Lo llamaré el vértice de la simbiosis, que muchos estudios del psiquismo temprano han descrito desde los primeros momentos de la vida humana, en donde lo que habría es una grupalidad indiferenciada y no distintas individualidades o mentes relacionadas entre sí, como podría pensar el sentido común de un observador externo. Por ejemplo, me refiero a que no habría una madre en relación con su bebé, sino una unidad madre-bebé. Este aspecto de la naturaleza humana pese a que evoluciona en el tiempo hacia el desarrollo de una individualidad, permanecería habitando en cada uno de nosotros. Este vértice nos permite entender por ejemplo muchas dinámicas grupales de nuestra vida cotidiana y de la necesidad que tenemos de ellas. Digo esto, porque estarían al servicio de protegernos de intensas angustias primarias

que nos habitan desde los inicios de la vida, angustias descritas por algunos autores como catastróficas, de derrumbe y desamparo, que solamente pueden ser sostenidas por el ambiente que crea la ilusión de una unidad.

Volviendo al film, podemos entender desde aquí que la familia integra rápidamente a la pequeña Yuri, más aún cuando constatan sus heridas en los brazos y entienden a través de las miradas cruzadas, de que esta niña sufre de maltrato infantil y abandono. Osamu el padre decide finalmente cuidarla, protegerla del frío, el hambre y la violencia.

Prácticamente no surgen cuestionamientos, la hacen parte del clan familiar como si fuese sido parte desde el nacimiento, no aparece ningún tipo de enjuiciamiento ni remordimiento.

Más adelante, las mujeres discutirán si esto será un secuestro, pero argumentan no estar pidiendo un rescate, tampoco ha habido una denuncia y piensan que la niña estará mejor entre ellos. El fuerte impulso a proteger del desamparo y de la situación traumática que ha vivido esta pequeña niña nos parece evidente.

Este aspecto defensivo de angustias muy primarias, que fundamentan la constitución de un grupo protector, puede ilustrarse también en pequeños pasajes de la película, por ejemplo cuando la abuela Hatsue va a cobrar su pensión e introduce en el cajero automático el código 1192, que ella nos aclara que es el año del régimen Kamakura. Si pensamos por qué habrá escogido ese número, tal vez encontremos algunas respuestas por el hecho de que en la historia del antiguo Japón, el régimen Kamakura fue el primer régimen militar feudal de su historia, un gobierno militar que condujo al ascenso al poder de las clases guerreras, anteriormente consideradas como subordinadas e inferiores a la aristocracia tradicional. Es la emergencia al poder de un grupo que siempre estuvo excluido.

Por último y solamente para mencionar otro ejemplo, podemos mirar en otro pasaje de esta historia al pequeño Shota que le narra a su padre Osamu el cuento de "Nadarín", una hermosa metáfora del trabajo en equipo en el que un cardumen de pequeños pececitos todos unidos, generan una imagen o gestalt de un pez gigante que termina amenazando al temerario Atún. Ambos ejemplo ilustran dinámicas grupales destinados a la sobrevivencia y sostén de intensas angustias

primarias. Pienso que la familia o el grupo de los Shibata, y su casa tradicional japonesa ubicada en medio de este suburbio, cumplen con esta función protectora y constituyen un refugio frente a la situación traumática de violencia y abandono.

Mencionaba anteriormente que en el espacio central de la casa de los Shibata cumplía una función importante la comida. Me llamó especialmente la atención los enérgicos sorbos que emiten al momento de comer fideos y que aparecen en distintos pasajes de esta historia. Sabemos que el acto de comer cumple una función muy importante desde el punto de vista de la sobrevivencia humana, tanto en su dimensión biológica y también psicológica. A través de la nutrición un recién nacido establece un canal de comunicación afectivo con su madre, no sólo se intercambia el elemento nutritivo que es la leche, sino también un amplio abanico de emociones que necesitan ser procesadas por la madre, digeridas por ella y devueltas a su hijo como parte esencial de su desarrollo emocional. En el caso de esta familia, podríamos pensar en un punto de fijación a esta etapa, en donde el acto de comer, su presencia e insistencia sea un intento por resolver carencias y privaciones tempranas emocionales. La pequeña Yuri, abandonada y maltratada por sus padres biológicos, es acogida e invitada a pasar a esta mesa familiar para ser alimentada. Más avanzada la historia llegaremos a sostener que esta función también se aplica a cada uno de los integrantes de esta familia.

Indagando un poco más en la conducta de los sorbos de los fideos, descubrí que esta forma de comer es parte de la tradición japonesa y que ha llamado mucho la atención a los occidentales, quienes irónicamente la han llamado “noodle harassment”, que en su traducción al español sería algo así como “acoso de fideos”. Los japoneses defienden su estilo de sorbetear los fideos porque así se logra un mayor disfrute de éstos. Aquí podemos incorporar a nuestro análisis el vértice de la sexualidad, que Freud destacó desde los primeros momentos de la vida, ligada a nuestras necesidades básicas como lo es el comer.

Quiero destacar aquí esta dimensión placentera, el motor del deseo, que nos vincula y que hace de una experiencia compartida como lo es el comer todos reunidos, una experiencia gozosa.

Pero esta perspectiva de la sexualidad no se agota aquí, también podemos ligar lo

recién mencionado, me refiero al motor del deseo, trasladándonos a esa íntima escena entre Nobuyo (madre) y Osamu (el padre), en donde aparece toda la sensualidad y el erotismo de una pareja, ella con una camisa de dormir, semitransparente, en donde le muestra a él, el maquillaje que se compró. Coquetean, comienza a llover intensamente, él la mira y le comenta sobre su ropa interior nueva, sentimos una fuerte atracción entre ellos, todo esto en un interjuego con el “sorbeteo” de los fideos hasta que ella se le abalanza como pillándolo por sorpresa. Ambos disfrutan de su sexualidad en pareja y de un intercambio emocional creativo. Un elemento importante de destacar aquí es que resguardan la intimidad de su sexualidad a la llegada de los niños y esto me parece un elemento protector hacia la pequeña Yuri y Shota, que ya han estado expuestos en sus respectivas historias de origen a la negligencia de los adultos.

Un tercer elemento de esta sexualidad, se puede observar también cuando la familia Shibata va a la playa. Me parece que este no es un elemento aislado, sino también en conexión con un elemento estético, en donde erotización y belleza se unen. Me refiero al momento cuando llegan a la playa y Shota mira fijamente los pechos de Aki, Osamu el padre lo interrumpe pidiéndole que continúe inflando su flotador. Luego están dentro del mar, sorteando las olas, y en una conversación muy íntima entre padre y un hijo que se inicia en la pubertad, hablan sobre los pechos de una mujer, de la erotización que se despierta, y sobre los misterios de la sexualidad masculina. Nuevamente esta escena me hace pensar en un padre que hace intentos por transmitirle a su hijo su masculinidad y potencia, elementos centrales para que pueda en un futuro cercano vivir su sexualidad de manera satisfactoria y creativa.

Mientras tanto en la orilla, la abuela Hatsue conversa con Nobuyo sobre los beneficios de poder elegir a la familia, ella le dice “Cuando te veo directamente veo que eres una mujer muy linda”, Nobuyo se incomoda y camina hacia la orilla en donde está el resto. Me parece importante destacar que está presente entre los integrantes de esta familia este elemento estético vinculante ligado a la belleza.

Esta secuencia finaliza con una de las escenas a mi juicio más hermosas, en donde la abuela Hatsue mira al resto de los Shibata desde la arena, y aparecen

todos ellos tomados de la mano a orillas del mar. Aquí ríen, juegan y se burlan de sus trajes de baño demostrando una clara complicidad familiar.

Hasta aquí he querido destacar los aspectos protectores y contenedores, elementos estéticos y la sexualidad o el Eros como lo llamaba Freud, todos ellos impulsos reparadores para sobrellevar las angustias generadas por situaciones traumáticas que esta historia nos explicita desde un comienzo con el personaje de la pequeña Yuri, pero que también paulatinamente comenzará a esbozar en el resto de los personajes de este clan familiar.

Comencemos por mencionar de que en esta historia también aparece otra versión de la sexualidad, me parece ante todo una versión defensiva que contiene paradójicamente algunos aspectos odiosos. Aquí es cuando nos adentramos en ese oscuro ámbito llamado perversión, cuando la sexualidad está fuertemente teñida por un aspecto odioso y destructivo. La abuela Hatsue y la joven Aki (cuñada), conversan sobre el particular trabajo al cual ella se dedica. Participa de un prostíbulo o sexshop que lo componen jóvenes mujeres que no sabemos si son menores de edad, pero es sugerente porque hablan de una sigla EV (excitador de vírgenes). También le cuenta sobre el vestido y su trabajo de exhibir su cuerpo mostrando sus pechos y que por este trabajo recibe 3000 yenes, todo bajo la aprobación de la abuela.

Aki utiliza en su trabajo el nombre de Sayaka, que después nos enteraremos que es el nombre de su hermana biológica, hija del matrimonio acomodado a quien la abuela va con cierta frecuencia a cobrarles una indemnización por “perjuicio”. Podemos en una primera lectura pensar en los sentimientos fraternales que unen a Aki con su hermana biológica, sin embargo, utiliza el nombre de ella ejerciendo el trabajo de la prostitución, actividad que representa la denigración y la odiosidad no solo hacia el cuerpo de la mujer, sino a la sexualidad como modo de vínculo amoroso y creativo entre los humanos.

A este trabajo le llaman “sacudir los senos”, en donde los pechos de una mujer se transforman en objetos de excitación a través de su exhibición, al igual que un genital que es masturbado y también exhibido a través de un espejo unidireccional, que impide todo contacto con el cliente. Solamente el intercambio

se restringe a la experiencia sensorial de la visión, de un intercambio de palabras escritas en una pizarra y todo esto transcurriendo en un período de tiempo acotado. Aquí podríamos pensar que el único objetivo es producir un nivel de excitación suficiente, que logre ejercer ese efecto calmante de intensas angustias depresivas y de soledad. Por eso menciones más arriba que esta dinámica perversa me parece sobretudo defensiva.

Esto último se devela con mayor claridad, cuando Aki invita a su cliente “El señor 4” a la sala del “conversatorio”. Aparece él recostado sobre su falda, se lo ve triste, deprimido, y Aki nota en sus manos heridas el signo de un maltratador. El está llorando y ella lo abraza y le dice “se siente cálido juntos”.

Solamente mencionar al paso, que emparentada con la dinámica perversa está la adictiva, menciono esto porque en una escena muy breve que pasa prácticamente desapercibida, vemos a la abuela Hatsue que después de la paga de su indemnización, acude al casino de juegos apostando una cantidad bastante considerable de fichas. Acá el objeto adictivo que es el juego, así como en la perversión lo es el objeto sexual, exagera los sentimientos de voluptuosidad y omnipotencia, como una forma de negar la dependencia emocional, la ausencia y el desamparo. Comenzamos a entender que además de la pequeña Yuri, también la joven Aki que al ser separada de sus padres y la abuela Hatsue que vive un duelo por el difunto marido, todas ellas comparten experiencias traumáticas e intentos fallidos de lidiar con él.

A propósito de soluciones sustitutivas o fallidas y también de destacar estos vínculos odiosos presente entre ellos, merece una especial atención la conducta del robo.

Robar implica apoderarse de una cosa ajena, podríamos pensar en un intento de venir a llenar o sustituir aquello que falta, aquello de lo que se carece pero no materialmente sino emocionalmente, es decir, venir a colmar un vacío afectivo. Pero también todo acto de robar es un apoderamiento violento que desconsidera al otro en tanto sujeto, es destructivo e incluso podríamos pensar que incluye un componente envidioso. Shota y su padre, como mencionábamos al inicio, son ladrones de tienda, lo hacen de manera inescrupulosa y se proponen iniciar a la

pequeña Yuri en el arte del robo. Pero también constatamos que la abuela y Nobuyo roban ropa en los probadores de las tiendas y entendemos que son una familia de ladrones.

Así vamos cayendo en cuenta de que ellos son conscientes de sus actos, más bien dicho de sus delitos, y recurren deliberadamente a la mentira para evitar que sobre ellos caiga todo el peso de la ley. Nos sorprende descubrir que al parecer ellos llevan mucho tiempo escapando de ella y desenvolviéndose con mucha cautela para no ser descubiertos.

Esto se ilustra con mucha claridad cuando entra en escena la policía, o los representantes de la ley, quienes interrogan a cada uno de los integrantes luego de atraparlos "in fraganti" tratando de huir de su casa, después de que el pequeño Shota termina internado en el hospital tras su intento fallido de huida en el robo del almacén. En el interrogatorio se ponen de acuerdo para mencionar que son 5 integrantes en la familia, omiten al personaje de la abuela que yace muerta y enterrada dentro del hogar familiar.

Aquí nos preguntamos, ¿la enterraron para conservarla junto a ellos, para cuidar ese sentimiento de grupalidad o refugio protector? O, como piensa la policía, ¿para encubrir un homicidio o la posibilidad de ser descubiertos como secuestradores?

Cae sobre nosotros todo el peso del interrogatorio, se empieza a desenmascarar una historia de la cual no sabemos qué es mentira y qué es verdad, nos confundimos y desilusionamos. Vemos a la pequeña Yuri decir que son cinco los integrantes y desmentir la existencia de la abuela, también a Shota el preadolescente afirmar que vive en un auto y no junto a su familia, de que la pareja Osamu y Nobuyo alteraron sus identidades, que no llevan el apellido Shibata y que en verdad se llaman Enoki Shota y Tanabe Yuko. Que además cuenta entre sus antecedentes el haber asesinado a su esposo anterior, en defensa propia.

También nos enteramos de que la joven Aki se mudó con su abuela porque ella se lo pidió, pero que al parecer la abuela siempre estuvo más interesada en el dinero de sus padres más que en su nieta misma.

Y la madre Nobuyo que frente al secuestro de la niñita Yuri, reconoce frente a la policía que a lo mejor fue por envidia de no poder tener hijos y que quizá en el fondo odiaba a su propia madre. Por otra parte, el padre Osamu dice que no fue un secuestro sino que lo hicieron por protección y que lo único que podía enseñarle a los niños es robar porque es lo único que sabía hacer.

Como verán, aquí tenemos que hacer un esfuerzo por integrar e intentar comprender esta compleja historia familiar, tal vez una tarea imposible. Porque si pensamos en los distintos puntos de vista o vértices emocionales aquí descritos, mi impresión es que ellos coexisten y coparticipan de manera simultánea en esta dinámica familiar, pero lo hacen de forma separada unos de otros y sin que tomen contacto entre ellos. Esto se traduce en una desmentida o como lo llamamos coloquialmente un “hacer la vista gorda” a los aspectos más dolorosos y conflictivos que habitan en esta familia. Por ejemplo, este mecanismo nos ayudaría a entender de que esta pareja de padres acoga a una niñita desvalida y abandonada, así como también a un niño preadolescente que fue dejado solo en el auto de sus padres biológicos, inspirados desde un sentimiento de cariño y de protección pero a la vez dejando a un lado, separando y desmintiendo sus propios sentimientos de desamparo y resentimiento odioso que surgen de sus respectivas historias traumáticas. En este sentido, para esta familia integrar esta diversidad de experiencias emocionales sería una ardua y dolorosa tarea, implicaría asumir que en nuestro interior habitan impulsos sexuales, belleza, deseos de protección y también el más profundo dolor, desamparo y resentimiento producto de la situación traumática.

Pienso que en los Shibata ha habido un intento por sobrellevar y reparar este dolor desde sus aspectos protectores y amorosos, pero estos han sido fallidos y solamente han cumplido una función defensiva, la de desmentir sus propias historias traumáticas no elaboradas y el resentimiento odioso que esto produce.

Esta familia termina por desarticularse, la abuela Hatsue ha muerto, la madre Nobuyo termina encarcelada, la pequeña Yuri devuelta a sus padres maltratadores y Shota separado de su padre Osamu y asignado a un orfanato.

Pero no quisiera finalizar esta exposición sin antes plantearles la siguiente pregunta:

¿Podría tener otro desenlace este drama familiar? Si bien esta historia nos sumerge en el dolor y el desgarro de la separación, si nos detenemos a mirar las dos últimas escenas tal vez una pequeña luz de esperanza se asome, o mejor dicho y parafraseando a nuestro ciclo: podamos apreciar “la esperanza puesta en el poder transformador del encuentro interpersonal”. Estamos en el paradero de buses, el padre Osamu corre adolorido y desgarrado, ya no verá nunca más a su hijo Shota que se dirige al orfanato. Pero Shota ¿es su hijo?, ese doloroso momento de la separación culmina con Shota mirando por la ventana hacia atrás y logrando finalmente pronunciar la palabra “Papá”. Primera y única vez durante toda la historia que se refiere así a Osamu. Entonces podemos intuir que en este niño existe un verdadero y amoroso sentimiento hacia su padre y que algo de esa relación tuvo un comienzo de proceso transformador. Lo mismo podemos pensar de la pequeña Yuri, que en la última escena de la película, y ya viviendo en la casa de sus padres biológicos, mientras juega sola canta la canción que aprendió donde los Shibata. También lleva dentro de sí, la marca de una incipiente experiencia transformadora, protectora y contenedora, tal vez lo que todos nosotros necesitamos para poder enfrentar la cotidianidad de una vida con traumas, penas y alegrías.

Email: juandittborn@mi.cl